

## La latencia en lo colectivo y sus huellas en la cura \*

Eva Weil

Mi participación en un trabajo de investigación en el que asocié psicoanalistas e historiadores me llevó a plantearme una serie de cuestiones. Mi interés fue el de explorar el campo común a nuestras disciplinas referido al régimen de Vichy<sup>1</sup> y descubrir cómo se manifestó en la escena de los debates públicos después de un silencio de 30 o 40 años.

- ¿Puede explicarse en sí mismo dicho silencio por la previsible desaparición de los actores y testigos contemporáneos del acontecimiento o debemos esperar que los testigos aparezcan para que la historia pueda constituirse?
- En lo concerniente a los mecanismos psíquicos que puedan haber estado activos en aquel momento es dable suponer que se constituyó una represión temporal colectiva análoga a lo que es la represión individual descrita por Freud en el niño.

En el intento de comprender esta situación a la que ya comencé a plantear en el 2000,<sup>2</sup> pensé que es factible considerar que se produjo la latencia de lo colectivo. Ello, si bien es un acercamiento metafórico al tema, me permite establecer una relación entre la latencia infantil y ahora aplicar esta concepción para lo colectivo. Sabemos que la latencia se activa a la salida del complejo de Edipo, momento clave de

\* Conferencia realizada en APdeBA, el 4 de Noviembre 2013.

<sup>1</sup> Vichy fue el gobierno que duró durante la ocupación nazi.

<sup>2</sup> *Revista francesa de psicoanálisis*, año 2000.

la constitución del Superyó y momento esencial para la reconfiguración de la mente, a lo que sobreviene con la pubertad. Esta latencia, tal como ya lo evoqué, correspondería a un tiempo que parece silencioso o casi, que duró de 30, 40 o 50 años durante los cuales la catástrofe pareciera haber tenido poco eco y, recién ahora, se empiezan a escuchar las voces capaces de dar cuenta de lo sucedido. Se trató de un tiempo en apariencia vacío o sin eco directamente perceptible en la esfera de lo social. El sentido, los movimientos y el carácter de esta latencia no aparecerían más que a la salida de este silencio relativo y en función de su ruptura.

Esta metáfora de la latencia puede resultar esclarecedora para entender el lapso que ha transcurrido entre la catástrofe de la Shoa y la multiplicación de relatos, de testimonios y producciones varias, incluso de publicaciones psicoanalíticas, tal como lo hemos podido comprobar desde fines de los años 70 y comienzos del 80, por lo menos en Francia.

Si es que hubo latencia ¿cuáles serían los mecanismos psíquicos implicados y cómo se anuda la intrincación de lo individual y de lo colectivo?

Es evidente que esta noción de latencia no puede ser trasladada punto por punto de un territorio infantil al territorio de lo social. Sin embargo puede ayudarnos a esclarecer la cuestión de la transmisión diferida, discontinua y lacunaria de los traumas acontecidos en la historia teniendo en cuenta testimonios, representaciones y creaciones culturales múltiples como son los que se produjeron después de la Segunda Guerra Mundial.

Un paciente de alrededor de unos 50 años, no judío, viene a verme por una problemática a la cual refería como no tener ganas de vivir y no encontrar realmente ni gusto ni interés por la vida: vivía nada más que para sobrevivir. Su padre había sido deportado durante 18 meses en un campo de trabajo en Polonia y había vuelto desde la liberación en 1945. Ese padre retomó su carrera profesional muy exitosa y logró una nueva inserción social también brillante y estable. El paciente, que nació a comienzos de los años 60, es el último hijo de una fratria de 4. Es huérfano de ese padre desde la edad de los 6 años y relaciona su

estado de no tener gusto de vivir con la muerte de su padre. Ya consultó a varios colegas y emprendió varias curas o terapias.

El relato que me propone está hecho de una manera equívoca y me lleva a pensar que su padre podría haber muerto durante la deportación o casi inmediatamente después de ésta. En realidad su padre murió de un paro cardíaco que sobrevino cuando el chico tenía 6 años y estaba en el campo con el resto de su familia. Desde ese momento el paciente tiene el sentimiento que no ha conseguido ni conservar ni mantener en vida a ese padre y que la fidelidad a este hombre se debe manifestar no apreciando la vida y que le alcance nada más que con sobrevivir. Por otra parte realizó estudios satisfactorios, un poco menos brillantes que los de su padre, tiene casi la misma cantidad de hijos que él y tiene una relación matrimonial satisfactoria.

No podría comentar mucho más las particularidades de esta terapia cara a cara que duró 3 años por diferentes razones de confidencialidad y además porque he elegido centrarme en un momento particular del proceso: hace algunos meses el paciente me habla de un libro que acaba de leer, del cual se olvidó el título, así como el nombre del autor pero que sabe que trata de la deportación. Me cuenta algo de su contenido expresando que le ha dado trabajo leerlo pero que supone que debe ser un autor conocido dado que ha tenido el premio Nobel de literatura. Seguramente reconocieron –como yo– que se trata de Kertesz, que tuvo el premio Nobel en 2002, después de 40 años de escribir y publicar. Es la primera vez que el paciente evoca la deportación ya no relacionada exclusivamente con su padre, por lo tanto no siendo un asunto únicamente privado, sino teniendo un contenido socializado, historizado y como un acontecimiento inscripto en lo colectivo.

Lo que deseo subrayar en este relato del cual les presento sólo un fragmento, es que el paciente ha necesitado un tiempo y varios tratamientos, más de 20 años, para poder enterarse de lo que había pasado si bien de una manera contradictoria, conflictiva. Tal vez adquirió un saber acerca de “la deportación”, significante puntualizado en función del vínculo con su padre y de la creación de su construcción neurótica invadida de culpabilidad, de rechazo y de duelo.

El premio Nobel otorgado a Kertesz inscribió su obra en lo universal de la cultura y sin duda ha favorecido el acceso a un saber transmitido por lo colectivo. Un saber de la historia colectiva, lo propio de la historia. Ese saber, que, para ese paciente, pudo haber sido libidinizado y subjetivado gracias al trabajo transferencial que lo llevó a la decondensación del material, a la inscripción en un relato que queda, por cierto individual y privado, pero que pudo ser historizado sin excluir la historia y lo colectivo. “Mi padre murió en la deportación y es por eso que...”. Esta frase fue decondensada en “No, mi padre no murió en la deportación, murió cuando tenía 6 años” y ello se produjo a partir de la apertura psíquica que hizo posible que se interesara por la historia de la deportación, por la de su padre pero, ahora, en el marco de lo colectivo y de la realidad histórica dentro de las cuales esta historia aconteció.

Durante la cura, ese movimiento fue posible probablemente por intermedio de la identificación y las proyecciones sobre la persona del analista, testigo activo que él sabía que conocía la Historia. Y ello abre otros cuestionamientos.

¿Cómo se pasa de una historia altamente privada e ignorante de la gran Historia, la que sin embargo es evocada, a una comprensión compartida de la historia colectiva y de la historia personal inscrita en esta gran historia?

No me ocuparé de otros aspectos de este proceso, tal como el de la fidelidad mortífera a un padre, la descalificación de la madre sin historia dado que ha sido deportada...

¿Cuáles son los vínculos que se pueden hacer a partir de la metáfora de la latencia en lo colectivo?

En el seminario que desde hace varios años organicé en la SPP sobre los traumas colectivos y sus huellas en las curas, la clínica de las huellas de estos traumatismos ha planteado una gran cantidad de interrogantes que vuelven y vuelven constantemente con los pacientes sobrevivientes, hijos de sobrevivientes y en general son relatados por la mayoría de los colegas. Sólo mencionaré lo esencial que apareció en relación con la importancia de la realidad psíquica, de los duelos muchas veces no realizados y de los impasses de la historia infantil en relación con la

genealogía diezmada o amputada por la Shoa. Ello ha contribuido a trabar la construcción de las identidades y de las identificaciones subjetivas. La Shoa pudo entonces adquirir el status de un acontecimiento, punto de origen, el del desastre, borrando la historia anterior, tanto la historia personal como la familiar o la colectiva. Se constata que los recuerdos y fantasmas individuales, los que de alguna manera se han pegado a ese desastre colectivo, se juegan entonces sobre un registro capaz de movilizar el juego de la represión, la vuelta de lo reprimido pulsional y los recuerdos así como los trastornos de pensamientos ligados a mecanismos de clivaje del Yo. Los sufrimientos identitarios y los malestares profundos del Yo parecen “colgarse” de los “agujeros negros” de los traumatismos narcisistas ligados a sentimientos de persecución, de destrucción y al genocidio que condensa angustia, desorganizaciones psíquicas, somáticas y a veces psicósomáticas.

El relato en la cura y paralelamente a la narrativa en el colectivo a veces por intermedio de producciones culturales puede contribuir a dar cierto perfil al relato de las angustias de aniquilamiento y a los trastornos identitarios inhibidores de la capacidad de rememoración, de pensamiento y de simbolización que presentan estos pacientes. Las producciones culturales sirven de tela de fondo—como en el teatro—de una gran pantalla—como en el cine— y podrían tener una función análoga a la del *Nebenmensch*,<sup>3</sup> la persona que socorre al niño desprovisto de recursos, el *infans*, salvo que, en este caso, el soporte no es un *Mensch*<sup>4</sup> sino que se trata de las producciones en el registro del colectivo. Estas pantallas intermediarias permitirían que emerjan, que se ligen y tejan los destinos traumáticos individuales con la historia de la comunidad humana que ha sido borrada por la destructividad del conjunto.

¿En ese registro cabe también preguntarse si la función del analista no pudiera ser utilizada por el paciente para darse un juego vital necesario, si bien transitorio con alguien que tenga la función de *Nebenmensch*?

<sup>3</sup> Vecino.

<sup>4</sup> Persona que ayuda.

Esta hipótesis nos permitiría pensar en la adecuación y en la pertenencia del tratamiento de los efectos de traumas colectivos en la cura individual.

Para comparar la latencia individual y la latencia de lo colectivo he tratado también en aquel trabajo ya citado, de revisar e investigar algunos textos literarios tales como los de Antelme, Primo Levy, J. Semprún, así como fragmentos de documentos que pudieran ser pensados como un discurso clínico, el discurso de lo colectivo.

Siguiendo con la hipótesis del tiempo de latencia y de la narrativa de lo colectivo que de ello hace la literatura, me referiré a la obra de Isaac Bashevis Singer, premio Nobel de 1978, fecha que coincide con el año en el que apareció el Memorial de los judíos de Francia editado por S. Klasfeld. Si bien sólo se trata de una coincidencia, sin embargo es en el momento, a fines de los años 70, en el que comienza a dibujarse una curva aún ascendente en nuestros días, en la producción de obras relativas a la Shoa, sea en el mundo pictórico, en la literatura, en el cine, etc.

Estos relatos y novelas parecen haber creado un modo narrativo según el cual por medio de genealogías imaginarias, si bien posibles, se producen frágiles reacomodamientos que van creando un tejido pudiendo construir bordes a los agujeros que ha dejado la desaparición en la historia de los individuos, en las células familiares, así como en los grupos de pertenencia que fueron quedando destruidos.

El modo narrativo de Isaac Bashevis Singer, usa principalmente los afectos, despliega tramas de la vida colectiva que son las que existían en las comunidades de los judíos asesinados. Los diferentes grupos en Polonia, antes de la destrucción, sean o no con los *shtetels*, sus rabinos milagrosos, las organizaciones políticas comunistas, bundistas, sionistas u otros, ladrones, prostitutas, niños prodigios o idiotas del pueblo, *dybbouks*, son los que han contado alguna historia a través de las historias de los individuos y de sus desarreglos.

Estos millones de personajes asesinados encuentran, uno por uno, caras, voces, transmitidas por las novelas o relatos que les vuelven a dar o les dan vida. El proyecto nazi de borrado de la memoria del mundo, corolario de la destrucción física, se ve entonces modificado

y esta literatura adquiere un lugar en el conjunto extendido de las producciones ficcionales de los años que siguieron a la guerra.

Evidentemente estas producciones difieren del saber que obtenemos con los testimonios, los archivos, los documentales, los que cuentan lo que ha sucedido en los campos y otros infiernos pensados por los nazis. La obra de Isaac Bashevis Singer hace un rodeo temporal y nos habla de la vida de todos los días de antes de la destrucción así como de lo que sucedió después y de las secuelas que han dejado. Las describe por pequeñas capas y detalles corriendo a veces el riesgo de parecer sobrenatural.

Singer abandonó Polonia para ir a América en 1935. Nunca había escrito acerca de lo que había ocurrido en Europa del Este durante la ocupación nazi, no fue deportado, y sólo conoció la deportación, los guetos, los campos y el exterminio a través de los relatos de quienes fueron rescatados y a quienes encontró en América. Su obra no forma parte propiamente de la literatura llamada concentracionaria pero sin embargo integra las vivencias de los sobrevivientes encontrados en América. Pese a que esta consideración pueda parecer banal, de todos modos lo es menos considerando lo que produjo la ruptura catastrófica de la Shoa. Su obra construye un puente entre el antes y el después de la Shoa en función de cómo armó su narrativa.

Los relatos de Isaac Bashevis Singer, gracias a su forma singular de narrar, nos han permitido tejer una nueva trama de sentidos y reconstituir a partir de un fondo común, lo que puede haber oficiado de tratamiento para la destrucción de las identidades colectivas que constituyen las envolturas intersticiales socializadas de los individuos.

Estas novelas y relatos parecen haber creado un modo narrativo mediante el cual, a través de las genealogías imaginarias –si bien plausibles–, de los frágiles reacomodamientos, se tejen y contornean los agujeros que la desaparición ha dejado en la historia de los individuos, las células familiares, así con los grupos de pertenencia destruidos.

Este posicionamiento puede parecerse al del testimonio de un testigo y del de un testigo, como puede serlo el psicoanalista durante el transcurso de una cura: el que no necesita haber conocido las mismas

experiencias que el paciente. En efecto, de la misma manera que Singer, el terapeuta puede no haber conocido realmente las experiencias singulares de las cuales habla el paciente pero pueden devenir conocidas en la medida en que movilizan sus afectos, comparte las vivencias y el reconocimiento de sus efectos.

La función de testimoniar, en general, parece dirigirse a alguien que ignora lo que se le está testimoniando y que, en la medida en que adquiere conocimiento de los hechos, se va a ir modificando pasando por intensidades variables y no previsibles para él mismo. Por otra parte transmitir lo que no se conoció necesariamente pone en actividad un trabajo de representación, de deformación, de las identificaciones, de contra-identificaciones y reconstrucción compleja.

En la introducción de una de sus principales novelas *Enemigas* que fue publicada en 1966, Singer escribe:

“Pese a que yo no haya tenido el privilegio de atravesar por la catástrofe de Hitler, he vivido durante años en Nueva York con refugiados que habían pasado por esa prueba. Es necesario agregar que esa novela no es de ninguna manera la historia de un sobreviviente típico ni de su vida ni de su combate. Así como la esencia de mis ficciones, ese libro traza de nuevo una historia excepcional con héroes particulares y una combinación de acontecimientos que son seguramente únicos. Los personajes no sólo son víctimas de los nazis, son también víctimas de su propia personalidad y destinos”.

Esas construcciones narrativas contribuyen a volver a dar un lugar a la historia individual y permiten que ésta se configure nuevamente dejando lugar a la lucha contra el efecto de despersonalización que ha producido la gran historia.

En nuestra clínica, así como en las que han sido presentadas en nuestro seminario, hay una pregunta central expresada repetidamente por nuestros pacientes, hijos o descendientes de rescatados; “¿mi padre, mi madre, mi abuelo, mi abuela, etc., habrán sido así antes de la Shoa? O ¿es esa historia traumática la que los transformó en estas figuras?”



Si bien estas preguntas deben ser tratadas en el registro del Edipo, siempre y cuando sea dentro de las orientaciones que les van dando lo infantil de los padres, las consecuencias psíquicas del status de la culpabilidad y las restricciones inconscientes impuestas se ven fundamentalmente marcadas. Nos pareció también que estos interrogantes requieren muy especialmente que el psicoanalista sea capaz de abrir una puerta hacia lo colectivo y la singularidad de cada historia, prestando una atención particular a los destinos de lo cuestionado.

Singer, el novelista, pone en escena destinos en los cuales lo aleatorio de los encuentros impone marcas erráticas en el caos de las conmociones destructivas de la historia de ese siglo.

Se puede encontrar acá nuevamente la problemática del status de lo actual en la interpretación de los sueños con la cuestión del pasaje de la huella de la percepción al estado de huella mnémica. “Lo que ocurrió” a cada uno y a la comunidad humana en su conjunto, término que no califica, no está enteramente recubierto ni por Shoa, ni por Holocausto ni por el trauma. Lo que ocurrió podría ubicarse en un período de latencia sin encontrar un lugar psíquico donde ubicar las huellas sin representaciones, las huellas que no hubieran encontrado sus palabras y a partir de las cuales ningún relato audible colectivamente pueda desplegarse.

Me gustaría compartir cierto número de cuestiones con ustedes:

¿La latencia en tanto espacio de tiempo mixto e híbrido para citar a Natalie Saltzman no podría ser el tiempo de la puesta en resonancia de lo que ha sido roto, por ejemplo el sentimiento de pertenencia a la comunidad humana simultáneamente a causa de y en la experiencia –a menos que ello no tenga status de experiencia traumatizante vivida por el sujeto–?

¿El tiempo de latencia no sería el que recubre el tiempo donde la experiencia, sin encontrar aún sentido, deja de pertenecer al no sentido pues lo colectivo puede reconocer que lo que ocurrió a un sujeto no le ha ocurrido a él por pura singularidad, sino que tan sólo es relevante de la pertenencia común a la especie y a su historia? Tal como lo he propuesto al principio de esta hipótesis, lo colectivo, como el individuo, sólo tomarían consciencia de ese tiempo en el momento en el que

se sale del silencio y ello es lo que caracteriza esta latencia. Seguramente es posible preguntarse, en algún momento, qué pasa con la emergencia de aquellos ecos hasta ahora indecibles porque inaudibles, pese a que siempre haya que desconfiar del calificativo de lo indecible. Podríamos proponer que lo que deviene transmisible, decible, audible, o audible y decible serían las huellas que podrían –a diferencia de la experiencia– ser compartidas.

Esas huellas resultarían en parte efectos de transformaciones individuales vinculadas a la experiencia vivida, la que silenciosamente ahonda el espacio colectivo de resonancia, 30, 40, 50 años, el tiempo suficiente para tener nietos, hijos de esos hijos, situados a una cierta distancia de las dificultades edípicas.

Durante ese tiempo el Ello trabaja y trabaja de otra manera que desde el registro de la represión, lo que nos lleva a pensar en la salida de la latencia, ya no exclusivamente en términos de levantamiento de lo reprimido. La latencia podría ser aquel tiempo que permite a la tragedia colectiva encarnada por el individuo conocer su transferencia en lo colectivo para devenir un constituyente eventualmente hereditario, eventualmente transmisible a cada miembro de la especie. Pero esto ya es otra cuestión.

## Bibliografía

- ANTELME, R. *Textes inédits sur l'espèce humaine*, Ed. Gallimard, 1996.  
 FREUD, S. *Métapsychologie*, Ed. Gallimard, 1968.  
 LAPLANCHE, J. & PONTALIS, J. B. *Vocabulaire de la psychanalyse*, PUF, 1973.  
 LEVI, P. *Si c'est un homme*, Julliard, 1987.  
 SEMPRÚN, J. *L'écriture ou la vie*, Ed. Gallimard, 1994.  
 SINGER, I. B. *Ennemies*, Collection bibliothèque cosmopolite, Stock, 1965.  
 WEIL, E. Silence et latence, *Rev. Franc. Psychanal.*, 1/2000.  
 — Isaac Bashevis Singer: reconstruteur d'identités collectives perdues? In *Juifs et Polonais, 1939-2008*. Albin Michel Bibliothèque Histoire. 2009.  
 ZALTZMAN, N. *L'esprit du mal*, Editions de l'Olivier, 2007.